

Editorial

A partir de la firma de los Acuerdos de Paz, El Salvador entró en una nueva fase de su historia. Dichos acuerdos pusieron fin a más de una década de violencia extrema en la que cada bando en conflicto agotó todos sus recursos para imponerse sobre el otro. Felizmente la razón se impuso y se logró un consenso básico para iniciar una nueva convivencia política; consenso que con altibajos se ha mantenido hasta hoy.

No obstante que los acuerdos de paz tuvieron un contenido esencialmente político, abrieron espacios lo suficientemente amplios como para impulsar cambios en otros ámbitos de la vida nacional. Aunque todavía persisten actitudes y discursos radicales y conflictivos, en general, puede afirmarse que los salvadoreños de hoy somos más tolerantes y abiertos al diálogo que hace 25 años.

Pero si bien es cierto logramos terminar con la guerra y pactar una manera de convivencia política funcional, las secuelas del conflicto siguen presentes en la sociedad salvadoreña. Fenómenos sociales, que surgieron o se agravaron en la época del conflicto, como la emigración interna y externa, las pandillas, el deterioro del agro y otros, han seguido desarrollándose y adquirido tal importancia que son tema obligado de reflexión.

Muchos de los problemas sociales que actualmente enfrentamos están relacionados con los cambios culturales que El Salvador y el mundo han experimentado en los últimos años. Ciertamente que la globalización ha ace-

lerado las mutaciones sociales, pero estas siempre han estado presentes en las sociedades y no debíamos dejar que el espejismo de la globalización nos deslumbrase a tal grado que anule una comprensión más amplia de los fenómenos culturales.

El mundo actual intenta seducirnos con la fantasía de la negación del pasado y la disolución del presente en la vorágine de los cambios. Pero el presente y el futuro tienen fatalmente anclajes en el pasado, anclajes que determinan sus posibilidades, pero también sus límites. Con esas preocupaciones en mente, este número de la Revista Humanidades acoge un dossier en el que la historia tiene un lugar especial. Con temáticas diversas, pero vinculadas por el hilo conductor de lo cultural, esos trabajos nos invitan a retomar la discusión en torno al peso del pasado en el presente, y cómo las posibilidades de construir sociedades más justas e incluyentes pasan por la disposición de aceptar los valores culturales de los otros.

Esta tarea es impostergable en El Salvador debido a nuestra tendencia al inmediatismo y al olvido. Es necesario que cada día los salvadoreños renovemos nuestro compromiso con la tolerancia y aceptemos que la construcción de una mejor nación requiere que otorguemos a los demás, incluso a los que piensan diferente, un espacio en el cual puedan expresar y negociar sus demandas, sintiéndose parte de un conjunto social que los acepta y los reconoce como un componente que por su diferencia, lo enriquece.